



X

Sobre la frecuencia de la Comunión.

*Si dimisero eos jejunos deficient in via.
Si los enviare en ayunas desfallecerán en el camino.*

MARC. VIII, 3.

1. En todos los tiempos y en todas las ocasiones la bondad del Altísimo ha brillado de una manera visible en los seres racionales. Á pesar de que el Hijo de Dios ejerce á un mismo tiempo todos sus preciosos atributos, empero el de la justicia y el de la misericordia parece como que se contrabalancean admirablemente, por más que el platillo de la misericordia baja siempre más que el de la justicia, según dijo la Verdad por esencia (1). «Las misericordias de Dios están sobre todas sus obras.» Fijaos si no en la prodigiosa multiplicación de los panes y los peces. Una turba inmensa, ávida de oír la doctrina evangélica, sigue á Jesús, sin acordarse apenas del corporal alimento; por lo cual, el Hijo de Dios, llevado de honda ternura hacia ella, dirígese á sus apóstoles, y les habla de esta manera: «Comasión tengo de esta gente, pues hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer; mas si los enviare en ayunas á su casa desfallecerán en el camino.» Ved aquí realzada en todo su bello colorido la gran misericordia de Jesucristo, Señor Nues-

(1) Ps. CXLIV, 9.

tro; y si en Dios el pensar, el desear y el obrar constituyen un solo acto purísimo, Jesucristo, como Verbo del Padre, si en realidad tenía verdadera compasión de aquella muchedumbre, debía terminar ese bondadoso deseo con la obra correspondiente. Con efecto, háceles sentar sobre la verde alfombra del campo, y distribuye entre aquellas cuatro mil personas, sin contar las mujeres y los niños, siete panes y unos pocos pececillos, con los cuales, hartándose todos los presentes, sobraron aún siete espuertas de fragmentos. ¡Milagro singular! ¡portento hasta entonces nunca oído! Mas este ruidoso prodigio es un perfecto símbolo de la no menos pasmosa multiplicación sacramental de Nuestro Señor Jesucristo en diversas especies consagradas y en distintos comulgantes. Si el Salvador puede multiplicar sencillamente siete panes y unos pocos peces, de suerte que abasten y sobren para el sustento de más de cuatro mil individuos, ¿no podrá multiplicar no menos sencillamente sus sagrados Cuerpo y Sangre, de manera que sean suficientes para el espiritual alimento del pueblo cristiano? ¡Ah! la santa Eucaristía, dice la Iglesia (1) es recibida tanto por uno como por mil cristianos, y, recibiendo lo mismo uno que mil, jamás se consume, antes bien queda siempre íntegra, aunque hubiesen de recibirla millones de millones de seres.

2. Pero atened: el asombroso prodigio de la multiplicación eucarística, á más de repetirse diariamente por medio de la sacramental consagración, lo reitera también Jesucristo más particularmente, y sin duda con mayor gusto, en los que participan con frecuencia de su Cuerpo y Sangre. Á medida que el Sacramento es recibido muy á menudo, multiplica Jesucristo en el cristiano comulgante mayor número de veces su Cuerpo Santísimo y con ellas le conserva y le aumenta la vida. Por eso la frecuencia de la Comunión es vida del alma, la engendra, la causa y la lleva adelante con gran exuberancia. Es preciso, pues, que en este discurso me ocupe de la frecuencia de la Comunión, y acerca de la

(1) Secuencia del Corpus.

misma estudie: 1.º *Excelencias y ventajas de la Comunión frecuente.* 2.º *El cristiano que pasa mucho tiempo sin comulgar no puede evitar moralmente los pecados y los vicios.*

§. I.

3. ¿Será excelente la pureza del cuerpo? La respuesta á esta corta pregunta nos la prestan la salud, el bienestar y la decencia que de aquella operación se obtiene. Pues tan excelente es la Comunión frecuente para el alma, puesto que sin ella no hay ni puede haber salud, ni bienestar, ni hermosura espiritual. Vimos en el discurso anterior cuál es la obligación que tenemos de comulgar, y en el presente es indispensable que tratemos de la conveniencia y de los bienes que nos reporta la Comunión frecuente. Allá no pudimos menos de observar que la Santa Iglesia, á la manera de solícita y tierna madre, que ve postrado á su amado hijo, quien ha perdido del todo el corporal apetito, y volviéndose á él le dice:—Mira, toma al menos una cucharadita, un bocadito de este alimento, que te va á gustar;—y juzga al propio tiempo que si aquella cucharada y aquel bocado sustentan débilmente, sin embargo no le son suficientes para reparar sus fuerzas y alcanzar la salud, así también, cuando observa á los cristianos, postrados en el inmundo lecho del pecado, sin apetito ninguno espiritual, se dirige á los mismos y les dice:—Tomad al menos una vez al año la Sagrada Eucaristía,—mas juzga que con esta sola vez, aun cuando satisfagan el precepto pascual, no tienen suficiente alimento para reparar las fuerzas perdidas y obtener salud completa. Debido á esta razón, la Esposa del Cordero, reunida en general Concilio, y asistida de un modo especial del Espíritu Santo, ha declarado que tendría sumo gusto en ver que los fieles comulgasen con frecuencia; en el Tridentino ruega, exhorta y pide por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo que de tal manera se dispongan los cristianos que puedan recibir con frecuencia el Pan Divino (1); y en la se-

(1) Ut panem illum supersubstantialem frequenter suscipere possint. Sess. XIII, cap. 8.

sión XXII manifiesta que recibiría gran placer en que todos los fieles asistentes á las Misas comulgaran, no sólo espiritual, sino también sacramentalmente (1); y si nos remontamos al Concilio de Basilea, notamos con regocijo que esta santa Asamblea dice con textuales palabras que todos los Doctores católicos alaban, aconsejan y amonestan incesantemente al pueblo fiel que comulgue muchas veces el Santísimo Sacramento como cosa sumamente necesaria para la vida del alma.

4. En efecto, si dejamos á un lado, por cosa ya sabida, la autoridad del evangelista que asegura como cosa cierta que en los primeros tiempos de la Iglesia la Comunión era diaria; si relegamos al silencio, por haberlo ya examinado, que efecto de esa Comunión frecuente sucedían rasgos eucarístico-prodigiosos, que difundían por sí mismos la fe y arraigaban las virtudes; y ponderamos únicamente las graves sentencias de los Santos Padres y Doctores, deduciremos que todos ellos, de unánime acuerdo, conspiran á que se reciba el Sacramento santo con frecuencia. S. Basilio afirma que la frecuencia de la Comunión es señal de predestinación á la gloria. Lleguémonos, dice S. Juan Crisóstomo, con tanta alegría á esta Mesa divina, y á los pechos de esta espiritual bebida que como niños de pecho, que jamás dejan la teta, chupemos las gracias celestiales, y uno solo sea nuestro dolor: ser privados de esta comida (2). Lamentábase un día el Salvador á Sta. Gertrudis de los que intentan apartar á las almas de la Comunión frecuente, y le decía: Siendo mis delicias estar con los hijos de los hombres, para los cuales instituí á este fin el Santísimo Sacramento, el que disuade á las almas de recibirme impide mis delicias. Á este propósito solía decir el B. P. Maestro Ávila que los que reprenden á las criaturas de la frecuencia de la Comunión hacen el oficio de los demonios. Debido á esto, Sta. María Magdalena de Pazzis lloraba de sentimiento

(1) Optaret sacrosancta Synodus ut in singulis Missis fideles Sacramentali Eucharistiæ perceptione communicarent. Cap. IV.

(2) Hom. 60.

cuando alguna hermana dejaba por negligencia la Comunión, porque cierto día vió á una persona difunta en el purgatorio que sufría atroces castigos á causa de haber omitido una Comunión por negligencia, y por esta razón exclamaba: Más quisiera morir que faltar á una Comunión concedida por la obediencia.

«¡Oh, exclama S. Alfonso de Ligorio, cuán grandes y continuos progresos hacen, como nos lo prueba la experiencia, en el amor divino, los que con buenos deseos y con el permiso de su padre espiritual frecuentan la Comunión! ¡Cuán admirablemente los va el Señor atrayendo á su santo amor! aunque muchas veces no se lo da á conocer dejándoles en la obscuridad y sin ningún consuelo de devoción sensible, para que se conserven más humildes y resignados. Digan otros lo que quieran, añade el mismo santo, lo cierto es que, generalmente hablando, los monasterios más observantes son aquéllos en que más se frecuenta la Comunión, y en los monasterios las monjas más fervorosas y ejemplares son las que comulgan más á menudo (1).» Otro tanto enseña el gran apóstol de Italia S. Leonardo de Porto Mauricio. «Esta frecuencia de recibir la Sta. Comunión, añade el P. Martínez de la Parra (2), en que está toda nuestra vida, en que estriba nuestra fortaleza, en que nuestro crecer consiste; esta frecuencia que toda la Iglesia la aclama, que todos los Concilios la exhortan, que todos los Santos Padres la persuaden; esta frecuencia que tantas virtudes ha plantado en las almas, que tantos provechos ha adelantado en las virtudes, que tantos individuos ha dado y está dando á Dios, es el punto de nuestra doctrina, el aplauso del cielo, el regocijo de los ángeles y los deseos del Hijo de Dios.» ¿Queremos más excelencias de la Comunión frecuente? ¡Ah! si puede haber alegría verdadera entre amarguras tantas, si consuelo entre las penas, si bienestar entre las dolencias, si gloria entre las desdichas; si podemos tener el cielo en la

(1) Monja santa, párrafo 18.

(2) Plática XI.

tierra, frecuéntese la Santa Eucaristía, que Ella es nuestra mayor felicidad en este mundo.

5. Empero, veamos cuáles son las inmensas ventajas que reporta la Comunión frecuente. Preguntar, dice el franciscano P. Espinosa, si es útil ó necesario acercarse con frecuencia á la Sagrada Mesa, es lo mismo que preguntar si á nuestros cuerpos es necesario y útil el sustento para conservarse y fortalecerse; si es necesario á los árboles el jugo que atraen de la tierra; si es conveniente á las plantas el rocío; si los campos y los prados necesitan de riego; mas si tales cosas son precisas á todo esto, también lo es la Comunión frecuente á las almas (1).» Enseña el citado S. Leonardo (2) que el medio más eficaz para hacerse uno santo es acercarse á menudo á la Mesa de los ángeles; y así dice el V. P. Rodríguez que cuanto más á menudo comulgemos tanta más reverencia y temor tendremos al Señor (3).

Tended, ahora vuestra mirada sobre la superficie del globo; examinad la conducta de las naciones, y de los pueblos, y de las familias, y de los individuos, y notaréis que tienen necesariamente más justicia y moralidad, más tranquilidad y paz, más regocijo y progreso aquéllos que frecuentan devotamente el Santo Sacramento del Altar; y que por el contrario, existen menos garantías de equidad, de orden y seguridad en los que frecuentan menos ó no frecuentan nada la bella Eucaristía: cuanto más se alejan de la Vida divina hay más frialdad en los miembros que deben participar de esa misma Vida; quien está fuera de la Vida eterna se halla dentro de la región de la muerte espiritual; los que se alejaron de Jesucristo, perecieron. He aquí la historia de lo que ha sucedido y de lo que sucederá imprescindiblemente á las sociedades y á los particulares que, comenzando por apartarse de la Comunión, se alejaron al fin del gremio de la Iglesia.

6. Sí; debemos frecuentar la Eucaristía para ser pro-

(1) Sermón VI sobre la Octava del Corpus.

(2) Manual Sagrado.

(3) Ejercic. de perfec., cap. 13.

bos, para ser justos, para ser santos; siendo ésta la inmensa ventaja que obtenemos de la percepción frecuente del Sacramento. «Si los mundanos te preguntan, dice S. Francisco de Sales, ¿por qué comulgas tan frecuentemente?, respóndeles que por aprender á amar á Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones, por fortificarte en tus flaquezas. Diles que dos suertes de personas deben comulgar á menudo; los perfectos porque estando bien dispuestos harían mal si no se llegasen al manantial y fuente de perfección, y los imperfectos para poder juntamente aprender la perfección; los fuertes para no venir á ser flacos y los flacos para hacerse fuertes; los enfermos para verse sanos y los sanos para no caer enfermos (1).» Ved de qué manera una Comunión frecuente santifica al cristiano; ved cómo le proporciona tantas virtudes y mercedes tantas. Debemos, pues, comulgar con frecuencia para hacernos santos; no es menester ser santos para comulgar con frecuencia, que éste es el escollo en que tropiezan muchos incautos, y la excusa que dan los negligentes para no acercarse á menudo á la Comunión.—Yo debiera ser santo—exclaman. Pero, ¡desdichados! si esto fuera cierto, ni los mismos ángeles, con ser tan limpios de pecado, tendrían suficientes disposiciones para recibir, cual merece, á Jesucristo. Justamente, si fuéramos santos ni tendríamos tanta necesidad de la Comunión, ni Jesucristo nos amonestara y hasta nos obligara á su recepción frecuente; nadie es tan santo que no tenga faltas, y esa santidad de que tanto habláis únicamente se encuentra en el paraíso. Precisamente porque no somos santos debiéramos comulgar con frecuencia. «Venid á mí, dice el Señor, todos los que estáis trabajados con la fatiga, y oprimidos con la miseria y el dolor, que yo os aliviare (2). No son los sanos los que necesitan del médico sino los enfermos (3).» No tiene necesidad de luz el que ve, ni de guía el que conoce el camino, ni de co-

(1) Introducción á la vida devota, part. 2.^a, cap. 21.

(2) Math. XI, 28.

(3) Math. IX, 12.

mida el que está harto, sino respectivamente el ciego, el ignorante y el hambriento. «Yo, añade S. Ambrosio, debo recibir siempre el Pan celestial para que se me perdonen los pecados; yo que siempre peco, debo siempre tener la medicina á la mano (1).» Cierta día habló el Señor á una religiosa que temblaba de acercarse á la Comunión, porque creía no ser justa, y le dijo estas palabras: ¿Qué, huyes de mí, amadísima mía? Ea, aliéntate, llega con confianza á la Omnipotencia del Padre para que te confirme, á la Sabiduría del Hijo para que te alumbré y á la Bondad del Espíritu Santo para que tranquilice tu corazón (2). No importa, añade el doctor seráfico, no importa que te encuentres tibio; llégate con confianza, fía en la misericordia del Señor, porque á Jesús se debe recibir más por amor que por temor (3). Enseña el Angélico que el que supiese por experiencia que con la comunión frecuente se le aumenta el fervor del alma y no se le disminuye la reverencia al Sacramento debería comulgar todos los días (4).

¶ Si, pues, por medio de la frecuente Comunión hallamos el tesoro de la santidad, deberíamos todos los cristianos, aun los más atareados en sus particulares negocios, comulgar con frecuencia. Esto es muy lógico. Por esta razón no titubeaba en afirmar el dulcísimo obispo de Ginebra: «Los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar á menudo porque tienen la comodidad, y los que tratan negocios de la tierra porque tienen necesidad, y los que trabajan mucho y están cargados de penas deben comer viandas sólidas y frecuentes.» Lástima que un consejo tan sabio no esté impreso en la mente de todos los cristianos. Siendo S. Francisco de Sales tan benigno, suave y complaciente para con toda clase de personas, sin embargo, á nadie, incluso á los mismos negociantes en grande escala, exceptúa de comulgar á menudo. Es que la Comunión frecuen-

(1) Lib. IV de Sacram., cap. VI.

(2) Haut., núm. 602.

(3) Lib. de proces. relig., cap. 21.

(4) In 4 sent., dist. 2, q. 3, art. 1.